

# ÍNDICE

Prólogo .....	9
Introducción .....	13
<b>Capítulo I. El difícil camino hacia la convivencia.....</b>	<b>25</b>
1. Forastero, extranjero, inmigrante.....	25
2. La construcción social a partir del lenguaje .....	27
3. ¿Cuándo se deja de ser inmigrante? .....	29
4. Las dificultades de asentamiento .....	30
4.1 La vulnerabilidad .....	30
4.2 La orientación.....	32
4.2.1 Más difícil cuanto más diferente.....	33
4.2.2 Compañeros, amigos, familiares: guías impres- cindibles.....	34
4.2.3 ONG e instituciones: necesarias pero distantes..	36
5. La comunicación .....	38
5.1 La competencia lingüística no compartida .....	38
6. Encontrar trabajo .....	42
6.1 La crisis, elemento amplificador de la problemática existente.....	43
7. La vivienda .....	46
7.1 Vivir hacinados, alternativa de supervivencia .....	47
7.2 Rechazo a tenerlos como vecinos.....	49
8. Las dificultades de reconocimiento social.....	49

8.1 La imagen trasladada por los medios de comunicación	51
8.1.1 Negatividad, por encima de la objetividad ....	52
8.1.2 Estereotipos y prejuicios consolidados en el imaginario.....	54
9. La falta de acercamiento de los autóctonos .....	56
<b>Capítulo II. Las asociaciones de inmigrantes: De la acogida a la construcción de la sociedad .....</b>	<b>61</b>
1. Las claves de la participación de las personas inmigradas .....	62
2. Las asociaciones de inmigrantes.....	63
2.1 Comunidades diferentes: asociaciones diferentes.....	65
2.1.1. El porqué de las diferencias.....	67
2.2 El estadio inicial de un asociacionismo que avanza hacia la consolidación.....	68
2.2.1 Una propuesta teórica sobre la evolución del asociacionismo inmigrante.....	71
3. La función social diversa de las asociaciones de inmigrantes .....	72
3.1 Tipología de necesidades.....	74
3.2 Tipología de actividades .....	77
4. Ser presidente y líder .....	81
4.1 Las dificultades del cargo: la preparación y la responsabilidad.....	83
4.2 El voluntarismo y la inversión en tiempo y recursos	84
5. Los socios y sus motivaciones .....	84
5.1 Grado de participación e implicación difícil.....	86
6. La red asociativa local una participación inexistente y deseada .....	87
7. La imprescindible apertura del asociacionismo local.....	88
<b>Capítulo III. Propuestas desde la mirada inmigrante.....</b>	<b>91</b>
1. Para la sociedad de acogida.....	92

1.1 En lo que concierne a la información que tienen antes de inmigrar.....	93
1.2 En lo que concierne a la información que reciben cuando llegan aquí.....	94
1.3 En lo que concierne a la atención que reciben.....	95
1.4 En lo que concierne al lugar donde se les da la información.....	96
1.5 En lo que concierne al conocimiento de idiomas de los profesionales que los atienden.....	97
1.6 En lo que concierne al exceso de burocracia.....	98
1.7 En lo que concierne al conocimiento de las culturas de los países de donde se emigra por parte de los autóctonos.....	99
1.8 En lo que concierne al fomento de la interculturalidad como elemento de convivencia.....	101
1.9 En lo que concierne a desmontar la imagen negativa existente.....	102
1.10 En lo que concierne a participar en actividades y asociaciones de los autóctonos.....	104
2. Para ellos mismos y sus conciudadanos.....	104
2.1 La reflexión sobre la situación vivida y el propio proceso migratorio.....	104
2.2 En lo que concierne a su propia autonomía y decisión.....	105
2.3 En lo que concierne a que se les conozca más en positivo.....	105
2.4 En lo que concierne a su adaptación.....	106

#### **Capítulo IV. Las reglas de juego en una sociedad democrática.**

<b>El ágora compartida.....</b>	<b>109</b>
1. Inclusión y democracia.....	109
2. Los valores compartidos en una sociedad democrática.	113
2.1 El papel de (toda) la ciudadanía.....	115

3. La información veraz: el deseable uso no tendencioso del término inmigración .....	117
3.1 La responsabilidad democrática no ejercida de los generadores de opinión profesionales .....	119
3.2 El racismo político: herramienta contra la construcción de una sociedad democrática.....	121
4. ¿De qué hablamos cuando hablamos de integración? ...	123
4.1 Integración sí, pero ¿de quién?.....	126
Epílogo. Entre la teoría y la realidad... Aún con más motivo: Integración y democracia.....	129
Bibliografía .....	133

## PRÓLOGO

# DEMOCRACIA Y ASOCIACIONISMO DE INMIGRANTES

Las migraciones están cambiando la faz del mundo en el siglo XXI. Siempre, a lo largo de toda la historia, su alcance ha sido inmenso, contra lo que algunos pueden haber imaginado. Pero esta vez, los traslados masivos de población cubren toda la Tierra, a la vez, y del uno al otro confín. Una de las cuestiones fundamentales que plantean –junto a las demográficas, económicas y culturales– es la de su relación con la democracia. Las nuevas poblaciones que se instalan en países que gozan de un orden constitucional democrático y liberal y de una cultura política esencialmente secular o laica, topan a menudo con una dificultad crucial: la de su acomodo con ese entorno. Muy a menudo esas poblaciones provienen de mundos en los que la religión no acaba de separarse del poder secular, o de otros en los que las creencias y afiliaciones religiosas se confunden con las tribales o étnicas para consolidar identidades y ámbitos distintos de interés colectivo, amén de los enfrentamientos a que ello suele dar lugar.

El estudio que los tres sociólogos Dolors Mayoral, Paquita Sanvicén y Fidel Molina han realizado se basa en esa constatación: indaga, fundamentalmente, en el aumento espectacular de la heterogeneidad social generada por la inmigración en Lleida, como caso ilustrativo que conocen muy de cerca, y su relación con una de las instituciones esenciales de la democracia pluralista: la capacidad de asociación libre en el seno de la sociedad civil. (La democracia, recordémoslo, no

es sólo un sistema de representación política y de libertad de opinión, en el que la oposición es tan legítima como el gobierno, sino un orden en el que la sociedad civil es libre e independiente.) A base de acercarse y explorar el tejido mismo de la colectividad inmigrante —no “la masa inmigratoria” como diría alguien desconocedor de la complejidad social de quienes entran en la sociedad receptora— los investigadores sopesan su lugar dentro del universo de poder, privilegio y cultura que los acoge. El modo en que adoptan —sin duda con su raíz étnica, lingüística y credencial— las reglas del juego de la sociedad pluralista y liberal que es la nuestra. Y también, en el caso catalán, en su especificidad de nación dotada de su propia lengua y diferencia en el marco del Reino de España. No obstante, si bien el estudio es local, tanto la perspectiva teórica, que bebe de las fuentes generales de la sociología, como desde la empírica, que tiene en cuenta situaciones similares o contrastables en muchos otros países europeos, el *Ágora compartida* —espléndido título— no responde a localismo alguno. Su relevancia es general en todos los sentidos.

La distinción entre forastero, extraño, inmigrante, extranjero, es fundamental en sociología y posee una vieja alcurnia, por lo menos desde que Georg Simmel la estableciera hace más de un siglo. Desde entonces ha ocupado la inteligencia sociológica del mundo de manera muy principal, y ha iluminado también la condición moderna de la mejor manera posible. Es la que inspira este excelente trabajo, al que cabe augurar una notable acogida. Entre otras cosas porque es un estudio dinámico, en el que el énfasis se hace sobre los procesos de integración (o aislamiento y separación) y no sobre situaciones estáticas. Los autores analizan como se intensifica la desconfianza, o cómo se palía; como oscilan los rechazos e incorporaciones, como van variando las actitudes. En ello contrasta con otros estudios, algunos valiosos, que dan una foto fija de cada situación. En una pesquisa abierta, atenta a las modulaciones de cada lugar y tiempo, y también a la naturaleza del grupo inmigrante. Y la guía un afán: la de

proporcionarnos las claves para ayudarnos a “vivir juntos con normalidad” como dicen los autores. Por eso era esencial que el enfoque se centrara en las capacidades asociativas y de la práctica de la libertad cívica de nuestros nuevos conciudadanos. Es lo que han hecho, y lo que garantiza a este estudio el eco que ha de merecer no sólo entre los cultivadores de la ciencia social sino entre responsables políticos, los educadores y cuantas personas se esfuercen para que la integración moral de toda la ciudadanía —venga de donde venga— en un solo ámbito democrático compartido sea una realidad indiscutible.

Salvador GINER

*Catedrático de Sociología y  
presidente de l’Institut d’Estudis Catalans*





# INTRODUCCIÓN

Cada período de revoluciones profundas ha dado paso a una transformación social de grandes magnitudes. Investigadores y teóricos de referencia como Salvador Giner, Immanuel Wallerstein y Manuel Castells, entre otros, ya anticiparon que la globalización sería la gran revolución contemporánea, de dimensiones imprevisibles, que daría lugar como consecuencia a otro tipo de sociedad y a un período histórico de nuevos retos, posibilidades y conflictos construidos en unas condiciones radicalmente distintas a las anteriores.

Los sistemas digitales de comunicación contemporáneos conforman cambios nuevos e incontrolados de afectación planetaria; nuevas dimensiones de espacio-tiempo. Se desarrollan, a la vez, flujos globales que estructuran las relaciones y posiciones grupales e individuales en un juego interconectado de posiciones bipolares: global/local; red/individuo; seguridad/libertad; identidad primaria/identidad global. Estamos viviendo un cambio histórico fundamental de grandes oportunidades y aperturas: estructuras, producción, mercados, espacios, fronteras, conexiones, relaciones, pensamientos, ideas... Pero también, como consecuencia, de grandes incertidumbres: inestabilidad, extremismos, conflictos, desconexiones, exclusiones, dependencia, desconfianza, inseguridad, miedo...

Y se refieren también a los nuevos flujos que ponen en contacto poblaciones distintas de todo el mundo y en distintos espacios del planeta. A dos niveles: las conexiones de red por

un lado, y por el otro, los contactos directos, cara a cara, en lugares distintos, fruto de los desplazamientos de población de una zona del mundo a la otra.

La era de la conexión, de la información, dentro de los cambios en los que ya estamos inmersos completamente, no sólo tiene una perspectiva analítica desde la macroestructura, sino también, y no menos interesante, tiene una desde la estructura más micro. La microestructura es del complejo volumen de cambios y consecuencias que tiene el fenómeno, la que más perceptible es para el individuo, el ciudadano, en su vida cotidiana, la que observa directamente y la que lo hace actuar porque nota directamente la afectación. En esta mirada a pie de calle, los cambios tecnológicos, las afectaciones laborales y la variación de los escenarios y entornos poblacionales —fruto de los desplazamientos territoriales de personas— son los aspectos más visibilizados y escuchados.

Es justo este último aspecto el que suscita nuestra preocupación teórica y analítica y es el motivo de la redacción de este estudio. Todos los cambios se hacen en sociedad y los hace la propia sociedad como individuos y como colectividad. Según como sean los unos y la otra, los cambios son en un sentido o en otro. No solo el contacto entre personas distintas en un lugar determinado es un elemento de estudio fundamental sino que lo es especialmente la reflexión sobre el proceso y el resultado de este contacto. Y esta mirada analítica y teórica es imprescindible, aún más en el punto en que nos encontramos de nuestra historia compartida. Un punto histórico, transcendental, para orientar el presente y sobre todo el futuro.

La población, las personas, es el elemento básico de la sociedad. Sin individuos no hay sociedad. Es una obviedad que conviene recordar. Más aún: sin individuos que se relacionan en situaciones sociales, en las cuales se reconocen y comparten experiencias, aprendiendo continuamente, y modificándolas, también de manera constante, no hay sociedad. Las personas que la forman aportan sus referentes históricos, culturales y

comunitarios y las pautas alcanzadas en la socialización que viven a lo largo de la vida. La sociedad, por definición, es compleja y diversa y comparte —por acuerdo consensuado o impuesto— unas reglas de orientación y conducta que la dotan de sentido y la caracterizan.

Las reglas y normas sociales, las costumbres, la cultura, son productos humanos, arbitrarios y contruidos. Por lo tanto, artificiales y modificables. La sociedad se basa en las relaciones y los acuerdos. También en los desacuerdos y conflictos, que comportan innovación y negociación. La conflictividad es constitutiva de las sociedades, aparece desde el momento en que se constituyen los grupos humanos. En su interior y entre ellos el disenso y la lucha en los grupos humanos es parte del sistema de relaciones. Asimismo, las sociedades tienden a la búsqueda del orden como elemento de seguridad, de tranquilidad, de evolución, de desarrollo, de cohesión y de colaboración entre las personas.

Que una sociedad sea de una manera o de otra depende de una multitud de factores, de los cuales el tipo de población que la compone y la domina —la estructura social, económica, política y cultural— es la pieza principal. Y es justamente por eso que hablamos de los problemas de las migraciones: porque hablamos de afectaciones entre personas, entre pueblos y territorios y de la (re)composición de la(s) sociedad(es).

Decir que siempre han existido grupos de población migrantes, por voluntad propia o por fuerza, de su territorio de origen a otro, es repetir una obviedad histórica pero que es también necesaria recordar. También es necesario tener en cuenta que hablar de migraciones es hablar de población: de personas.

Los desplazamientos de personas, sobre todo si son de grupos de población de cultura diferente a la del lugar de acogida, comportan diversidad y diferencia, a corto y a largo plazo, mezcla y mestizaje. El contacto, la diferencia, comporta inevitablemente rechazo, enfrentamientos y distensiones, más o menos permanentes. Directas e indirectas. También acopla-

mientos y consensos en un proceso que afecta tanto los que se asientan de nuevo como los que ya estaban.

Por este efecto secular del contacto entre poblaciones, es imposible encontrar sociedades puras y homogéneas. Ni España ni Cataluña lo son, ni lo han sido nunca. Lo que sí que hay son constructos que han sido estereotipados y que definen oficialmente el *nosotros* de una comunidad. Unos constructos de contenido cultural que tienen la voluntad de homogeneizarla y dotarla de rasgos característicos identitarios, para que la población encuentre un orden social estructurador y referencial en el cual se reconozca y a la vez se diferencie de otras comunidades y sociedades. Esta personalidad construida tiene una funcionalidad diferente si es una comunidad cultural nacional o no lo es.

Los efectos sociales y culturales que comparten los flujos migratorios masivos y en cadena forman parte de nuestra historia inmediata, de la experiencia vivida y de la memoria colectiva de una amplia franja de la población de este Estado y de Cataluña en particular, desde antaño, aunque solo recordamos las del siglo xx por ser las más cercanas y las vividas directamente por buena parte de la población actual. Ahora, en el inicio del siglo xxi, las inmigraciones vuelven a estar en la primera línea del debate. Las características endógenas y exógenas que tienen han hecho que se las nombre como las nuevas migraciones, para diferenciarlas de las viejas migraciones: las del xx. En virtud de esta denominación se ha consolidado la idea de que las actuales son un fenómeno nuevo y distinto de las anteriores.

Analizadas a fondo, se comprueba que efectivamente hay grandes y evidentes diferencias. Se comprueba también que hay importantes similitudes, tanto entre las migraciones como tales, como entre los posicionamientos que su presencia suscita. Una de las diferencias importantes —aparte de su diversidad— es que estos flujos migratorios llegan en un momento que el país es una democracia. Y uno de los parecidos también importantes es que, en la medida que lo son, tienen la misma problemá-

tica que cualquier desplazamiento de población: dificultades de llegada, de asentamiento y de integración. De todo tipo, igual que la del siglo xx, igual que las de siglos anteriores.

Desde el punto de vista de la acción, consecuencia directa de la situación de democracia del país, la canalización de los flujos migratorios y de su acomodación en la sociedad de acogida del siglo xxi desde que empezaron, es una de las preocupaciones constantes de los profesionales y políticos en las instituciones y entidades que trabajan para la convivencia del día a día en los pueblos y ciudades. Mesas de interlocución, modelos de integración, análisis comparada de actuaciones con otros países, despliegue de servicios *ad hoc*; programas de información y formación específicos; profesionalización especializada de agentes diversos, etc., forman parte de una variada casuística de actuaciones de la llamada gestión de la inmigración.

Desde que llegaron los primeros grupos importantes de personas extranjeras a Cataluña hasta la actualidad, ha pasado más de una década. Podría parecer que es un período suficiente para que *la inmigración* —así nombrada y reconocida como un bloque compacto— ya no sea un problema, o vista como un problema. Pero la realidad de ahora mismo, visibilizada en los medios de comunicación, en las opiniones de las personas autóctonas, en los discursos de algunos partidos políticos, en las intervenciones —aunque escasas— de las personas extranjeras que viven aquí, muestra que el ideal de la integración, de la aceptación del otro, de la convivencia, del orden social, de la visión idealizada entre todos de una nueva sociedad, es sobre todo una visión idealizada de palabras y deseos.

La realidad, en la práctica, no es ni ideal ni única. Sino muy compleja. Cuando hablamos de integración no podemos hablar de una casuística única. Aunque demasiadas veces se tiende a homogeneizar y a simplificar, a partir de los casos particulares de portada mediática. La realidad es diversa y cambiante, igual que son diversas y cambiantes las circunstancias. Coexisten diferentes prácticas, diferentes situaciones,

diferentes realidades. Espacios y lugares donde se convive sin problemas, probablemente muchos más de los que conocemos o vemos a través de los medios de comunicación. Y espacios y lugares donde el proceso de contacto genera una importante problemática. Las dificultades añadidas que conllevan las transformaciones económicas y sociales mundiales e internas, afectan en diferentes grados tanto a las personas autóctonas como a las personas inmigrantes. Unas dificultades que aportan a unos y otros —tanto a adultos como a adolescentes y jóvenes— dosis de vulnerabilidad y de inestabilidad añadidas a su propia situación. Según como sean las estructuras poblacionales y económicas, la problemática concreta, el grado de afectación entre los diferentes grupos; según como esté preparada la comunidad para afrontarlo y las posibilidades de gestión a nivel territorial para generar diálogo y propuestas, el resultado será uno u otro.

La convivencia es un proceso que se ha de tejer momento a momento, día a día. Solo es posible si todas las partes implicadas se dedican a ello y la desean. Y en estos momentos, parece que hay elementos no resueltos que hacen que entre las partes en contacto se manifieste su incomodidad e incompreensión en el proceso, en el papel que cada uno juega y en el resultado.

Estudios recientes nos indican que la imagen que tenemos respecto a los inmigrantes es en general negativa y que el grado de aceptación al compartir espacios con ellos no aumenta, sino que disminuye. Desde los primeros sondeos del siglo pasado, en un momento en que hacía poco que eran visibles en espacios públicos compartidos, la sociedad española se manifestaba en general con una actitud muy favorable, hasta los más recientes en que las cifras de inmigración tanto en el conjunto de España, como en Cataluña son importantes, la acentuación de la reticencia e incluso el rechazo en general, se acentúa y crece en cada nuevo sondeo de opinión.

Aunque el sentimiento alcanza al conjunto de la inmigración, los colectivos más afectados son los que provienen

de culturas distantes con rasgos fenotípicos, lengua, religión, hábitos y modos de vida que se contraponen con los de los autóctonos, generando irritación y conflicto, y son los que tienen más dificultades laborales y económicas. Los casos anecdóticos se amplifican y generalizan al conjunto.

La casuística explicativa de esta modificación de percepción y de actitud, después de una década de (con)vivir, es compleja y multidimensional. La cifra, la intensidad de llegada y la heterogeneidad de orígenes y culturas son causas que hacen que la sociedad autóctona haya visto cómo en poco tiempo sus entornos conocidos, con habitantes reconocidos, hayan cambiado con rapidez. En el año 2000 en Cataluña había 181.590, personas inmigrantes empadronadas, cifra que significaba un 2,9% de la población. Desde el año 2000 hasta noviembre de 2010, la cifra ha aumentado hasta llegar a 1.241.522 habitantes empadronados de nacionalidad extranjera, el 16,4% del total de población. Cuando se elaboró el estudio que sirve de base a esta reflexión, la cifra de extranjeros era de 1.189.742 personas, que representaba el 15,9% del total.

Las experiencias vividas, las transmitidas por personas próximas, las noticias difundidas por los medios de comunicación, la desconfianza hacia lo desconocido y al que es diferente, el miedo inyectado desde círculos hegemónicos sobre la pérdida de los referentes identitarios, la utilización partidista del tema y las referencias históricas incorporadas en el imaginario colectivo forman parte también de la vasta casuística de elementos que pueden explicar el posicionamiento, no precisamente minoritario, de la sociedad receptora hacia el conjunto —con matices según el grado de utilidad que les reconozcan, la posición económica, la cultura y la apariencia física de los inmigrantes—.

Estos criterios, no son buenos fundamentos para construir entre todos el futuro a partir del pasado y del presente; ni la nueva sociedad en orden, democrática, que ha de nacer de estos cambios sociales, basados en la interculturalidad —que ya se utiliza como discurso políticamente correcto—. No es

tampoco el fundamento propicio para construir aquella identidad proyecto de nuevo cuño que proclamaba Manuel Castells a finales del siglo pasado como resultado esperable de la nueva configuración poblacional.

El análisis de la evolución de estos datos, después de una década, nos confirma que la frase *es cuestión de tiempo*, si es verdad, solo lo es a medias. ¿Cuánto tiempo ha de pasar para aceptar a los otros? ¿Para conseguir sociedades incluyentes y cohesionadas desde las diferencias? Los ejemplos de los conflictos en los suburbios de París, en el año 2005, y otros más recientes como el referéndum de los minaretes en Suiza, el intento de recorte de derechos reciente a los inmigrantes sin papeles en Vic; los enfrentamientos en Salt; la muy extendida vinculación inmigración-delinuencia; el debate sobre la vinculación de las prácticas de delincuencia menor de los inmigrantes para acceder a determinados servicios; la presión y manipulación continuada y la exaltación de la demagogia y la violencia por parte de partidos políticos xenófobos y de la derecha excluyente, son muestras claras que el tiempo es solo una variable, no del todo relevante, en el proceso de integración. Probablemente es importante, pero solo un elemento más dentro de un conjunto complejo de variables que tienen también cada una de ellas un peso específico.

En conjunto, es evidente que hay elementos de la gestión actual del proceso que están desenfocados. Probablemente en cada una de las fases del proceso, en la gestión que se hace, y probablemente también hay anomalías en cada una de las partes en contacto. Ferdinand Tönnies decía que hemos de distinguir entre la hostilidad que nace de la ruptura o pérdida de los lazos naturales existentes y el otro tipo de hostilidad en el extraño, los malentendidos y la desconfianza. Los dos tipos son instintivos pero el primero comporta rabia, odio y desplacer; el segundo, comporta temor, disgusto y menosprecio. Asimismo, aunque son tipos distintos, los dos son formas de hostilidad que generan más hostilidad. En el momento que los intereses confluyen en un mismo espacio se afianza el rechazo y se hace más grande, especialmente



si faltan actuaciones de implicación de las dos partes que favorecen la comprensión y el diálogo, que son las herramientas básicas —que no únicas— para vencer y reconducir los posicionamientos hostiles.

Para la complejidad del fenómeno, desde el cambio de siglo, la observación de la inmigración en Cataluña es uno de los temas más fecundos de la producción investigadora y ensayística, aunque la mayor parte se ha dedicado a la investigación de la comprensión de la multidimensionalidad del fenómeno y de las claves de la integración entre autóctonos e inmigrantes. El conjunto da una serie de aproximaciones y análisis fundamentales a tener en cuenta. Asimismo, en el cómputo global, hay una tendencia decantada hacia la aproximación hecha desde el punto de vista del local, del autóctono.

En este marco de incertidumbres, y de dificultades para alcanzar el objetivo de mirar con normalidad a las personas que llegan y que se añaden a la creación de un espacio común de convivencia, nos falta sobre todo entender. Para comprender, sobre todo es necesario hacerse preguntas, también al otro y escuchar sus respuestas, para comprendernos.

Por este motivo, la aproximación al tema que aportamos en este estudio tiene la intención de mostrar una perspectiva diferente que permite empezar a llenar el vacío existente de análisis hechos desde la mirada del otro afectado: la persona inmigrante. Este estudio está a medio camino entre la reflexión teórica y el discurso divulgativo. Hemos partido del punto de vista sociológico que recomienda Alfred Schultz. Este prestigioso sociólogo austríaco, de origen judío, vivió en carne propia la inmigración forzada por culpa del régimen nazi, la persecución del cual lo obligó a buscar refugio en otros países. Probablemente por eso, en su reconocido estudio sobre los extranjeros, afirma que para comprender qué es ser extranjero, es necesario partir de la experiencia de esta situación y es necesario ponerse en el lugar de quien la vive. La convivencia es una acción que pide una actitud de ambas partes. A menudo —anclados como estamos en el miedo a la pérdida de nuestro bienestar

que tanto nos ha costado tener— ni sabemos, ni queremos saber, ni nos preocupa, quiénes son, cómo han llegado, qué piensan, cómo nos ven, ni conocemos sus costumbres, ni entendemos por qué es necesario que los conozcamos.

A la necesidad de respuesta a una pregunta imprescindible: ¿cómo viven el proceso de asentamiento a la nueva sociedad las personas que lo sufren en su propia piel, que son directamente los protagonistas? Se añaden aún algunas otras: ¿Cómo viven y ven los servicios que se ponen al alcance? ¿Qué echan de menos? ¿Qué necesitarían? ¿Cómo ven a los autóctonos? ¿Cómo perciben que son vistos? ¿Cuál es su grado de conciencia sobre el grado de responsabilidad que tienen en el proceso? ¿Qué papel juegan sus asociaciones? ¿Son estas asociaciones elementos de integración y de participación real como se cree? ¿Qué función tienen en la realidad? ¿Qué podemos hacer que no hayamos hecho los unos y los otros para poder vivir juntos con normalidad?

Hemos escogido, por lo tanto, el punto de vista *emic*, que se basa en analizar los hechos a partir de la palabra y el sentimiento de los afectados. Sus aportaciones ilustran y motivan los diferentes apartados, y por eso en todas las intervenciones que transcribimos hemos respetado la literalidad y la lengua que han usado. En un principio, huimos de posiciones de excesivo optimismo. Igual que no es ajustado a la realidad afirmar que las inmigraciones no solo son fuente de lesiones y dificultades para la población de acogida, no lo es tampoco, negar la complejidad del asentamiento y del contacto. Somos conscientes que la convivencia entre grupos distintos de población que luchan por el espacio y recursos escasos provoca conflicto. Se ha dicho más arriba: no hay vida posible sin conflictividad. Lo que no es natural —como mínimo en una sociedad democrática— es que esta conflictividad impida la convivencia en libertad de todas las personas y del conjunto. Y es justamente por eso que escribimos este estudio. Porque es necesario escuchar las dos partes, y si una ya está sobredimensionada, hace falta dar voz a quien tiene menos ocasiones para ser escuchado con normalidad.